



## *Niño elefante en dictadura*<sup>1</sup>

por Juan Pablo Sutherland

Me dicen niño elefante y no recuerdo el golpe militar. Mis padres nunca quisieron hablar de ese día. Todo fue como si hubiesen censurado la película más importante de sus vidas. De los años setenta no sé mucho, sólo que hubo un golpe de Estado, que Allende murió y mucha gente cayó detenida, desapareció y a otros los patearon de Chile. Mi memoria se formó en los años ochenta y noventa, cuando todo comenzó a tener sentido. Ahí llegaron los televisores a color y mi mamá me compró una máquina de escribir Olivetti usada. Estudié en el liceo Darío Salas, un liceo público donde además estudió Cazelly y Fernando Ubierno. Dicen que esa canción de la niña que muere con el bolso de cuero y un corazón dibujado es de Fernando Ubierno, que también ganó el Festival de Viña del Mar dos veces. Yo siempre miraba el patio del liceo soñando que ella no volviera. Esa canción no debía ser su condena. Aunque en esos años mucha gente moría. Los años ochenta fueron los años más movidos de mi vida. Mis amigos de ese tiempo: el Gringo Canales y Bola de Nieve. El Gringo destacaba como aplicado y arrogante y Bola de Nieve por simpática y buena gente. Increíblemente era amigo de los dos, aunque entre ellos se odiaran. Resultaba que yo debía tener un don especial para unir esos dos mundos extremos, era presidente de curso del Primero 'J', recién había entrado a las juventudes comunistas y no tenía idea de Marx ni de Lenin, además era tesorero, actividad que se transformaba en un lío de proporciones cada tres meses cuando había que cuadrar las cuentas ante el consejo. Siempre debía ingresar plata que faltaba, nunca di bien con las finanzas que se volvieron por meses una pesadilla:

---

<sup>1</sup> Fragmento de la novela *Papelucho Gay en Dictadura* (Alquimia Ediciones, 2019)



cuadrar, cuadrar como melodía infame, soñaba haciendo hileras de esas monedas de un peso, hilera que se extendía infinitamente, línea de metal que luego caía estrepitosamente sobre mi cabeza perdiéndose por las calles de mi barrio.

\*

*Tierra de Gigantes* fue un serial yanqui de los setenta que en Chile transmitieron en los años ochenta. En ese tiempo me sentía así de pequeño, diminuto, insignificante en medio de una guerra hecha por gigantes, en medio de una familia gigante que no se ponía de acuerdo para vivir en paz. Mi padrastro era un gigante que me miraba con ojos extraños e insolentes. Estoy seguro de que yo era su enemigo declarado, enemigo de día y de noche. Mi cuerpo en vigilia por mi padrastro cada madrugada cercándome, él me escrutaba como un gigante egoísta y autoritario, pero en ese tiempo nadie lo veía así. Él se quedaba mirándome como si yo fuese una rareza, coleccionaba mis emociones, mis gestos, mis dudas, mi rabia. Sus manos se alargaban, me tomaban, quedaban detenidas en un silencio tenso y yo volvía a ver sus ojos sin brillo, cansados de ser el mismo todos los días. En esa escena, él era el humano y yo el animal que se escondía cada día ante su amaestramiento. Yo deseaba ser Spock arrancando de su fatal destino humanizado, pero siempre un hombre como él me recordaba lo monstruoso de mi propio destino. Estoy seguro de que mi padrastro gozaba con fastidiar, volviendo su respiración como un fantasma al acecho.

La banda musical de *Tierra de Gigantes* resultaba atemorizante, bestial y grandilocuente al lado de los pequeños actores atrapados en una tierra sin límites. Regularmente los veía asustados entre medio de unos zapatos gigantes, de hebillas lustrosas y metálicas. Los protagonistas que por su tamaño empobrecido se llevaban esquivando gatos torpes y aumentados, absurdos en sus tamaños, animales de grandes proporciones al límite de la deformidad; pero yo corría como ellos, humanos que se volvían animales frente a la caza, que vivían buscando un lugar seguro y cómodo, ansiosos de volver a su mundo. Vivía en *Tierra de Gigantes*, nunca supe cuál era mi mundo, creía algún día podría ver a otros como yo, soñaba reconocerlos en la calle, que hablaran el mismo idioma y entendieran lo que me pasaba cada día, buscaba telepatía desesperadamente, me tocaba la oreja izquierda, deseaba convertirme en Dr. Spock, pero nadie respondía. Una tarde vi un chico que se rascó la oreja y yo pensé al instante que me hablaba, que decía que sí, que era igual a mí, luego miraba el suelo sin objetivo, escupía y se iba cantando "somos Tom y Jerry, los de la televisión", esa canción estúpida de Álvaro Escaramelli. Yo me sumergía en la extrañeza de vivir solo en mi mundo. Chile era mi tierra de gigantes, el mundo era mi tierra de gigantes y no había nadie al lado para darme la mano, quizás mi papá, quizás mi abuela, quizás mi mamá, pero ellos vivían tan preocupados de Chile, de ellos mismos o no sabían, y yo no importaba y no me veía, yo era un niño elefante que sólo presenciaba películas donde nadie era igual a otro, ni por cuerpo, ni por gracia, ni por medida, ni por sexo. Y donde todos los protagonistas vivían corriendo, esperando un mundo a su medida. Deseaba el mundo a mi medida, me preguntaba por lo odioso de ser pobre, más pobre que nadie, pues la pobreza para mí era real y surrealista, es decir, veía pobreza en todos, a veces en la forma de pedir las



cosas, en el colegio, en la micro, en la televisión. Quería salir arrancado, corriendo más allá de Pudahuel, más allá de la Plaza Italia, corriendo más allá de la cordillera, a algún lugar que pudiese decir todo lo que deseaba. Soñaba que le gritaba a mi padrastro por lo odioso de vivir con él, le preguntaba a mi madre porque se enamoró de un tipo que tiraba la comida contra la pared si no le gustaba, la miraba en silencio y con perturbación por abandonar a mi padre treinta años atrás y dejarlo partir a Iquique al norte de Chile como alguna vez vi alejarse a Rimbaud al norte de África. Deseaba poco, pero la miraba y ella me sonreía triste observando por la ventana hacia la calle, fumando su cigarrillo Liberty y pensando en otro mundo, o en el próximo cigarrillo. Quizá ella vivía metida en su *Tierra de Gigantes*, y su amor era el gigante que la aplastaba. Yo era un insecto sin fuerza para cambiar nada, mi madre también, mi padrastro el villano evidente y sonso, mi padre un desconocido que me enviaba postales desde el norte del desierto y sólo se salvaba mi abuela, sólo ella.

\*

Gerardo Whelan y Oscar Jiménez fueron los curas más rojos que conocí en mi vida, uno del MIR y el otro de la Izquierda Cristiana, para mí uno el rojo y el otro celeste. Los dos cayeron del cielo para darme la mano en momentos de disturbios. Por ellos fui a cuanto retiro espiritual se les ocurrió organizar en los años ochenta, tuvieron que convencerme hartos: Cristo revolucionario casi jipi. Por fortuna yo había visto *Jesucristo Superstar* veinte veces seguidas en el cine Alessandri en la Estación Central. Íbamos a unas casas de ejercicios llenas de seminaristas jipis, risueños y políticos. Expertos en cantar credos nicaragüenses y sencillos para vestirse, lucían sandalias de cuero típicas, cargaban morrales artesanales con biblias latinoamericanas de Puebla y se sabían de memoria las canciones de Víctor Jara, de Inti-Illimani y Patricio Manns. Las monjas no parecían monjas, no llevaban tocados en blanco y negro ni se veían divertidas como esas monjas de *Pinina*, una teleserie argentina de esos años. Ni tampoco andaban por las nubes como Sally Field, *La novicia voladora*. Estas eran austeras y cargaban un crucifijo sobrio de la Compañía de María. Recorrían las poblaciones ayudando en medio de las protestas, ocultaban a gente en peligro y rezaban por todos, no importando si eran creyentes o no. En esa comunidad conocí a la Margarita Westwood, religiosa inglesa que llegó a Chile en los años setenta y Aline Robin, una religiosa francesa que nos acompañó aquellos días revueltos. La comunidad cristiana popular de Pudahuel fue para mí un mundo nuevo y extraño. Militaba en la Jota, pero no importaba según el cura Oscar, Cristo había sido un revolucionario, así que no había de qué preocuparse, los revolucionarios estaban con Dios independientemente si creyeran o no. A veces me agotaba tanto Dios para allá y para acá, 'Dios' era una palabra que me provocaba lejanía, pero como era un Dios bien cercano a ellos, no me aburría y entraba en el juego. Los ritos y los abrazos me dejaban agobiado, eso de abrazar a medio mundo, hombres y mujeres, era un martirio; a veces me equivocaba y estaba a punto de besar a algún compañero que al darse cuenta me miraban con perturbación. Y dale con Dios y Dios. No quería sacar la voz, la tenía escondida, vivía enojado. Entre medio de los rezos pensaba que Dios no existía, que todo era una tontera, pero al verlos a todos tan



entregados, me dejaba ir, tan fácil no era, aunque me duraba poco, terminaba viendo a mi madre y a mis hermanos corriendo en medio de la lluvia oscura y pobre de Pudahuel y Dios era un desconocido. Terminaba llorando por el país y por mi familia, y Dios no me daba ninguna señal. Años más tarde, la monja Margarita me salvó de la CNI escondiéndome en un convento de la sexta región, ahí recé hasta por los codos, pero no me importó. Y si Dios existía o no, eso no era relevante, para mí ellas eran mis Diosas.

\*

El futuro se ve mejor cuando veo *UFO*, incluso en la serie la gente se viste estupendamente, pero no sonríen ni se ven alegres, usan pantalones apretados, a los tipos se les ve bien marcado el paquete, las mujeres usan pelucas rubias y moradas con un corte garzón, se supone que todos son del futuro, año 1980, estamos en 1983 y en mi barrio nada es igual a *UFO*. Sólo me interesa *UFO* por las pintas, el diseño de muebles y los autos que casi vuelan, los platillos voladores son todos plateados y nunca se ven extraterrestres. La sigla 'ufo' es parecida a la palabra 'ovni', aunque prefiero 'ufo', me gustaría vestirme como la gente de *UFO*, tonos pasteles, patas plateadas y cortes de pelo rectos. Los tipos de *UFO* son delgados, no tienen guata, pero nadie ríe, ni tampoco lloran, parece que en el futuro no tendremos emociones, me gusta esa idea, vivir sin emociones, como ahora que escribo en esta máquina de escribir sin pensar en nada, ni rabia ni pena, es más fácil escribir con letras grandes o mayúsculas, es aburrido cambiar de letra, pues si se hacen pequeñas tienes que realizar muchos movimientos, pero en grande es mejor. Esto es algo mecánico, tecla a tecla, letra a letra, el futuro es mejor sin emociones, en este presente me embarga la pequeñez.

---

**Juan Pablo Sutherland**

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

[juanpablo.sutherland@gmail.com](mailto:juanpablo.sutherland@gmail.com)